843
L.
PQ2623
.E6
R49

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL REY MISTERIO

PARTE PRIMERA

EL PODER DE LAS TINIEBLAS

I

ALGO QUE BRILLA EN LA NOCHE

Nada más desolador, nada más angustioso, nada más triste, nada más desesperante que ese rincón de París que rodea la plaza de la Roqueta. Cierto que en el sitio que ocupó la antigua cárcel, hoy por fortuna demolida, se elevan airosas algunas alegres casas de vecindad. No importa; el aspecto general de la plaza sigue siendo lúgubre gracias tal vez á la otra cárcel que al opuesto lado de la misma continúa en pie y en la cual sigue encerrándose á la juventud delincuente.

Sí; detrás de esas piedras renegridas, de esos muros enlutados, á la sombra de esas torres cuyos techos puntiagudos dominan el camino de ronda, vive y

alienta una juventud á la que jamás se oye reir, á la que jamás se oye cantar, que tal vez no habla nunca, y para la cual la cárcel es una tumba mucho más terrible que las que la piedad de los vivos ha levantado á pocos pasos de aquel sitio para los que entraron en la muerte.

En la época en que da comienzo nuestro relato, la *gran Roqueta* elevaba aún sus muros siniestros frente por frente de la otra cárcel, de la llamada *pequeña*; de modo que cuando las puertas de esta última entreabríanse de vez en cuando para dar paso á algún adolescente, pálido aún por los meses inacabables vividos á la sombra, lo primero que al salir veían sus ojos era la puerta de la otra prisión, de *la grande*, que parecía levantarse amenazadora contra él en el umbral de su incierto porvenir.

Unas cuantas piedras, asiento ó pedestal del cadalso separaban tan sólo una de otra ambas cárceles. Si con deseos de hurtar la mirada á espectáculo tan sombrío convertía el adolescente liberado sus ojos hacia la izquierda, érale dado ver por aquella parte otra puerta, la de un cementerio: la del cementerio del Padre Lachaise; y entonces, para substraerse á espectáculo tan macabro, para ver algo que no fuera precisamente sombras y misterio, dábase á huir por la derecha y descendía corriendo hacia la vida, hacia la libertad, hacia París, á lo largo de esa parte de la calle de la Roqueta que desemboca en la plaza Voltaire, la cual, por aquel entonces, llevaba el nombre de plaza del Príncipe Eugenio.

Precisamente á este sitio es al que vamos á conducir al lector, en una noche de Diciembre de 186..., exactamente el 13 de dicho mes, y á las cuatro de la madrugada.

Lúgubre hasta dejárselo de sobras parece de día ese trozo de calle, con sus casas bajas pintarrajeadas de colores chillones, dominando el rojo de sangre y el ocre sucio; con sus tiendecillas negras en las que la muestra, que se destaca en letras blancas, indica el carácter fúnebre de las mercancías que allí se venden, « flores y coronas », « perlas », « faroles para nichos »; con sus tabernas hediondas, en las que se envenena concienzudamente una clientela especial reclutada entre hampones, vagabundos y galloferos, que se acompañan de desgreñadas mozas del partido. Sin embargo, en determinadas ocasiones, la calle, ó el trozo de la misma de que hablamos, adquiría animación y vida y movimiento.

Era cuando el populacho procedente de todos los rincones y suburbios de la capital dirigíase tumultuoso y alegre hacia la plaza de la Roqueta con la dulce esperanza de asistir al espectáculo siempre atractivo de una cabeza que rueda. En tales ocasiones desfilaban por allí los juerguistas, los noctámbulos, los curiosos de todas las clases sociales; coches conduciendo las cocotas más notorias, alegres estudiantes ó artistas en agraz ávidos de fuertes emociones... Carruajes y peatones cruzábanse, se chocaban, se mezclaban, confundiéndose en masa compacta á la altura de la plaza tras un primer cordón de agentes de policía que sólo permitía el paso á contados individuos que, por tener sin duda padrinos, llegaban provistos de una tarjeta especial contraseñada en la prefectura.

La noche en que comienza nuestro relato, la calle de la Roqueta, bastante animada en la anterior por haber circulado la noticia de la inmediata ejecución de Desjardies, había casi recobrado su aspecto normal, su acostumbrada fisonomía. Los curiosos, fatigados por inútil espera de muchas horas, habíanse decidido á abandonar la partida.

Y he aquí que pocos minutos antes de las cuatro de la madrugada, cuando todo parecía dormir en el barrio, numerosos agentes de policía surgieron de pronto, como si la sombra los abortase en medio al silencio más profundo, y fueron tomando posiciones obedeciendo órdenes de sus jefes que las comunicaban en voz baja. Casi al mismo tiempo que ellos llegó la tropa, cuyo contingente era mucho mayor que el acostumbrado para las ejecuciones.

La ocupación de la plaza de la Roqueta por los soldados se hizo también en silencio, casi misteriosamente. Fuertes pelotones de infantería fueron á situarse de manera á cortar la calle de la Roqueta por arriba cerca del cementerio del Padre Lachaise, y por abajo no lejos de la plaza del Príncipe Eugenio; otros ocuparon la esquina de la cárcel así como las de las calles Gerbier, Merlín y Folie Regnault y quedó de este modo aislado en absoluto el cuadrilátero en el centro del cual disponíase la sociedad á matar á un hombre.

Pocas veces habíase visto servicio de orden tan formidable. De pronto, en el ángulo formado por las calles Folie Regnault y de la Roqueta, hubo de abrirse una ventana al lado de cierta taberna denominada « El buen rincón ». En el mismo momento separóse

de un pequeño grupo de oficiales un hombre cuyas facciones era imposible distinguir, no sólo á causa de la obscuridad si que también por llevar inclinada hacia los ojos el ala de su gran sombrero de fieltro negro, y se acercó á la ventana que acababa de abrirse. Una vez allí pronunció algunas palabras, dió tal vez una orden, y la ventana se cerró de nuevo. Entonces el hombre, que cubría su cuerpo con pesada esclavina cuyo cuello llevaba levantado, volvió al grupo de oficiales y llevando aparte á uno de ellos le habló de este modo.

— Ordene usted á sus soldados que calen la bayoneta... No sabemos lo que puede ocurrir.

— ¡Bah!

— Créame usted, todas las precauciones serán pocas. En fin, yo cumplo con prevenir á usted. Por mi parte he puesto centinelas en todos los puntos estratégicos... Tengo el cementerio del Padre Lachaise lleno de agentes...

Dicho esto el hombre se dirigió hacia los gendarmes á caballo que formando una sección desembocaban misteriosamente en la plaza por la esquina de las calles de la Vacquerie y de la Gran Roqueta, cerca del camino de ronda donde más tarde debían ser fusilados los rehenes de la Comuna. Habló con el oficial que mandaba el destacamento, y terminada la breve conferencia, alineáronse los jinetes frente á la puerta de la cárcel, mientras que el hombre de la esclavina y del sombrero ancho se alejaba de ellos en dirección á la plaza del Príncipe Eugenio.

Silenciosos de veras habían sido los movimientos operados por la policía y por la tropa. Sin embargo,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

en la parte baja de la calle de la Roqueta comenzó á manifestarse cierta agitación. Abriéronse algunas ventanas que la policía no mandó cerrar, tal vez por no ser recayentes á la plaza. Un lechero que había creido ver algo extraordinario comunicó á alguien sus sospechas en la plaza del Príncipe Eugenio y al punto abrió sus puertas una taberna, por lo que pudiera ocurrir.

Sin embargo, la calle de la Roqueta continuaba desierta, por lo que al público se refiere, y ocupada tan sólo por agentes y soldados. Pero como á cosa de las cinco fueron llegando uno tras otro hasta media docena de carruajes de los cuales bajaron dos ó tres hombres envueltos en amplias esclavinas y otras tantas mujeres que con espesos abrigos de pieles resguardaban sus cuerpos, al parecer esbeltos, contra las inclemencias de la madrugada invernal.

Era evidente que todas aquellas personas no se habían dado cita en aquel sitio y que ninguna de ellas esperaba á los demás, pues á medida que llegaban, dirigíanse, luego de parlamentar unos segundos con los agentes, hacia una puerta baja abierta en la agrietada fachada de una de las casas más antiguas de la antigua calle, y una vez allí llamaban de estudiada manera á la puerta misteriosa que se abría para darles paso, cerrándose al punto de nuevo.

El hombre de la esclavina, colocado cerca de la puerta de modo que le fuera posible ver sin ser visto, parecía estudiar minuciosamente las idas y venidas de los misteriosos personajes que iban llegando. Al cabo de una media hora de muda observación viósele avanzar de pronto hacia un individuo de gran corpulencia que acababa de apearse de un carruaje, al que dijo en voz baja, después de saludarle militarmente:

— Pérmitame usted que le acompañe... Me parece más prudente.

— No, Dixmer; mejor es que se quede usted fuera. Sin embargo, si dentro de una hora no me ha visto usted salir, invada la casuca.

Dicho esto, el individuo que acababa de apearse del carruaje llamó á la puerta, dando primero dos golpes, y tres enseguida.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él encontróse en la más profunda obscuridad. Una voz preguntó:

— ¿Qué desea usted?

— R. C.

En aquel mismo momento el hombre de la esclavina que se quedara en la calle subía hacia la plaza de la Roqueta, y su mirada hubo de fijarse en cierto reflejo metálico que observara cerca de la cárcel. Era el cuchillo del verdugo, que brillaba montado ya en lo alto de la guillotina.

II

DOS CABALLEROS CENABAN...

Monsieur de Paris (1) y sus ayudantes acababan de efectuar en la plaza su trabajo como siempre, esto es, concienzudamente, meticulosamente, sin precipitaciones. Y es que el instrumento que sirve para ejecutar las altas obras de justicia debe ser manejado con tranquilidad, montado y dispuesto para funcionar por manos hábiles y seguras, como si se tratase de una máquina de relojería. Ya pasaron los tiempos en que se mataba á la gente de cualquier modo, los tiempos en que el verdugo se veía en la necesidad de descargar dos y tres golpes para hacer caer la cabeza de la víctima, por no operar con arreglo á las leyes de la mecánica, por no edificar su siniestro tabladillo con arreglo á las de la honrada carpintería. El verdugo de hoy, el verdugo moderno, no es solamente un relo-

(1) Nombre que se da en Paris al verdugo.

jero; es además arquitecto, y ha de conocer el manejo del nivel de agua y de la plomada.

Son las cinco y media de la madrugada, minuto más ó menos, cuando encontramos nuevamente al hombre de la esclavina, — sin duda un oficial divisionario de policía que tomaba sus disposiciones en previsión de terribles acontecimientos — en la esquina de las calles Folie Regnault y de la Roqueta, no lejos del establecimiento de vinos que ya hemos señalado, y que llevaba el título de « El buen rincón. »

Se recordará que cerca de él habíase abierto una ventana que hubo de cerrarse de nuevo enseguida, por orden tal vez del representante de la policía. Este se halla ahora bajo la misma ventana, que acaba de abrirse por segunda vez. Un hombre del que apenas se distingue la silueta ha aparecido en el marco de aquella y tras un momento de observación, al parecer, de lo que ocurría en la calle, ha hecho una seña al sujeto de la esclavina detenido en la acera. La ventana se ha cerrado en el acto y momentos después hase abierto bajo la misma una puerta para dar paso á un hombre que lleva bajo el brazo un envoltorio misterioso. Sin moverse, sin volver siquiera la cabeza, el oficial de policía pregunta :

— ¿Eres tú, Temerario?

Y el otro, inclinado sobre la cerradura de la puerta que acaba de franquear, responde :

— ¿Dixmer?

— Silencio... no pronuncies aquí mi nombre; — dice el polizonte siempre inmóvil. — ¿Sabes dónde va á ocurrir la cosa?

— Sí; en *El Conejo que fuma.*

— ¿Está todo preparado?

— Todo.

Y el hombre, al decir esto, dió un golpe en el paquete que sujetaba bajo el brazo.

— ¿Quién va á maniobrar?

— El Buitre en persona.

— A maravilla. Dí al Buitre que todo está preparado para obrar por el lado de la calle de la Vacquerie en caso de necesidad. Tengo allí á los ciento de Montrouge, escondidos en un taller de aserrar maderas. Demasiado debe comprender él que para todos, *pero muy especialmente para mí que dirijo el servicio de orden*, es de desear que todo se haga en silencio.

— El Buitre está seguro de que así será.

— Adiós.

Dejemos á Dixmer ocupado en cumplir concienzudamente su deber de policía y oigamos al Temerario. Este, siempre con su paquete bajo el brazo, había desaparecido en la sombra, después de doblar la esquina de la calle de la Folie Regnault. Cinco minutos hacía que marchaba por ella, cuando observó que una sombra, destacándose de un portal de la acera opuesta, avanzaba hacia él.

— R. C. — dijo la sombra acercándose.

— Panteón; — contestó el Temerario.

Uniéronse los dos hombres y entablaron rápido diálogo. El Temerario preguntó:

— ¿Los has visto pasar?

— Sí, hace un instante... Han debido dar una vuelta enorme, pasar por detrás de la Pequeña Roqueta y volver hacia atrás. Entraron en el *Conejo que fuma* por la puerta de escape.

— ¿Y el Buitre?

— También ha pasado; pero ése entró directamente, por la puerta grande, con Pata de gallo.

— ¿Quién más ha entrado?

— Una docena de tipos que deben ser de la *combina*... Yo, la verdad, no los conozco. Tal vez son de los *Titis*, ó de los *Leones*; lo que sé es que no pertenecen á los *Cazadores negros*. A ésos los conozco todos y ninguno se me despinta. Y como no tienen más remedio que pasar bajo el farol...

— Bien está; vuelve á tu puesto. Caso de que lleguen los *quindas*, te achantas, y como si no... Pero silba en cuanto que los veas. Nada más; gracias.

Restituyóse la sombra á su puesto, y el Temerario continuó su camino por la acera, deteniéndose unos veinticinco metros más allá ante la puerta de la famosa taberna del *Conejo que fuma*. Sobre la misma, y á modo de muestra, balanceábase á impulsos del viento un colosal conejo cómodamente sentado sobre sus patas traseras y gustando al parecer las delicias de una enorme pipa; todo cortado en zinc y pintado de bermellón, sin duda para mayor visualidad. Y en verdad que en aquella noche de Diciembre el aire era fuerte y frío con exceso, presagiando, á no dudarlo, una copiosa y próxima nevada. El vaho que empañaba los cristales de la taberna, en uno de los cuales hubo de pintar un artista en agraz las armas de la casa, el conejo y su pipa, impedía distinguir desde la calle lo que ocurría en el interior del establecimiento. El Temerario observó lo único que le era dado observar, es decir, que los postigos de madera de las ventanas no habían sido retirados aún. Visto lo cual subió el

hombre los cuatro escalones de piedra que daban acceso al salón, y entró en este con aire de indiferencia, mascullando una babeada colilla, sin aparente curiosidad; y sin mirar á nadie, como si no le interesase ni poco ni mucho la extraña clientela que casi llenaba la sala, se acercó al mostrador, arrastrando sus piernas, largas y desarticuladas. Un observador atento, habría sin embargo podido hacerse cargo de la ojeada que el Temerario hubo de lanzar á cierta puertecilla de cristales que servía de separación entre la sala común y otra más pequeña, en la que vamos á entrar inmediatamente.

En esta última, dos caballeros cenaban... No es que sus modales fuesen reveladores de la alta alcurnia de ambos sujetos: no. Pero la corrección de su actitud, y los severos trajes que vestían, levita y sombrero de copa, de todo punto desconocidos en aquellos barrios y en tal taberna, eran indicios seguros de que los extraños comensales pertenecían á una clase de la sociedad relativamente elevada.

Uno de ellos era alto y delgado, mientras que el otro parecía singularmente rechoncho. Hombre previsor sin duda y enemigo de las manchas, el delgado había cubierto cuidadosamente su negra levita con la alba servilleta, anudando esta en torno á su cuello, y, por un capricho sin duda, hubo de conservar puesto su sombrero de copa.

Mojando con gran distinción el pan en la salsa contenida en el plato, dijo á su regordete compañero:

— Dispense usted, señor Próspero, pero yo estaba en la creencia de que debía hacerse algo más que eso

que usted dice; yo le calculaba un ingreso de doce mil francos al año, sobre poco más ó menos.

— No diré que no haya ganado eso en los buenos tiempos, pero... esos buenos tiempos se acabaron, amigo Dionisio. Cuando viajábamos, entre su sueldo y los gastos de viaje podía muy bien hacerse hasta diez y ocho mil francos. Pero ya no viajamos, á no ser muy de tarde en tarde... ¡Una miseria! ¿Sabe usted cuánto tiene de sueldo? Pues seis mil francos, amigo Dionisio; seis mil francos, ni un céntimo más. Dígame usted si no es eso una miseria y si no se muestra el gobierno injusto para con él. Porque en fin, es preciso que el hombre sostenga su representación y su rango... No, no, créame usted, el oficio está perdido, y usted llega á la carrera demasiado tarde... Porque, vamos á ver, ¿quiere usted decirme qué es lo que podemos hacer nosotros con mil ochocientos francos al año? Hemos de comer, pagar la casa, vestirnos... y no de cualquier modo, sino con trajes decentes, de paño negro, que cuesta un sentido; y por si algo faltaba, el sombrero de copa... ¿Un poco más de conejo, señor Dionisio?

— Venga de ahí, señor Próspero; la verdad es que está de primera.

— Sí; esta es una buena casa. Aquí venía yo siempre con el pobre Marqués á esperar el alba en cuanto acabábamos de montar el aparato. Porque como tranquilidad, creo que no hay más que pedir.

— Y dígame usted, ¿de qué ha muerto ese pobre Marqués?

— Se lo llevó la tisis. Lástima daba oirle toser en la *última* á que asistió. Crea usted que impresionaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Como que hasta el mismo condenado hubo de advertirlo cuando le hacíamos la toaleta! A propósito de condenado, señor Próspero; es preciso que lo arroje usted sin vacilaciones sobre la báscula. Cuando yo le diga: «¡ya!» lo levanta usted un poco, y de un golpe lo desliza, siguiendo el mismo movimiento que yo, hasta la luneta. Enseguida yo me encargo de agarrarle por los cabellos ó de las orejas, así, porque hay muchos que encogen la cabeza y no es cosa de cortarles la barba. No se preocupe usted de bajar la luneta; eso es cosa del patrón. En realidad es lo único que tiene que hacer. Eso, y apoyar el dedo en un botón. Ya vé usted que la cosa no ofrece grandes dificultades... ¡Ay amigo mío, el trabajo es para nosotros! Lo de siempre. Si al menos nos recompensaran con largueza... Pero nada de eso; poco dinero, y mal vistos. Claro es que la gente no le dice á usted nada; pero en el fondo... sí, estamos mal vistos... Y si no fuera porque á veces las mujeres...

— ¡Hola, hola!... ¿Conque las mujeres, eh?

— Sí, en viaje.

— A ver, á ver, cuénteme usted eso, señor Próspero.

— No hay en ello nada de particular... Ya sabe usted que las mujeres son curiosas como ellas solas. Si yo le dijera á usted que en Marsella, á donde fuimos para ejecutar á Jeanjean, las mujeres nos provocaron como no puede usted figurarse... Y eso que el pobre Marqués no era un Adonis, y además, tosía.

— ¿Pero eran mujeres de mundo, señor Próspero?

— Claro que no; ésas no se atreven. Pero en fin, cuando vamos á cenar, á veces hay quien nos reconoce... Pues bueno, dos mujeres, dos cocotas, sí, pero dos cocotas elegantísimas, como usted lo oye, se empeñaron en pagarnos á Marqués y á mí la cena, en Marsella...

— ¿Y nada más, señor Próspero?

— Nada de suposiciones malévolas, amigo Dionisio; yo soy casado... moro de paz.

— Pero el pobre Marqués, si no me engaño, era soltero...

— Como si no; hemos de ser correctos.

— ¡Bah! En viaje...

— En viaje como aquí, señor Dionisio. No hay que olvidar que al fin y al cabo representamos al gobierno.

Hablando de este modo saboreaban ambos comensales los restos de la conejil pepitoria, sin apresuramientos, por constarles que aun les era dado disponer de veinte minutos para terminar su cena.

El señor Dionisio, á quien sin duda preocupaba la personalidad de su cliente, preguntó de pronto.

— ¿Qué demonios es lo que ha hecho ese? La verdad es que no recuerdo su historia.

— Ahí tiene usted una cosa, — respondió el señor Próspero — que no me ha preocupado nunca. Eso no tiene para nosotros interés alguno.

— Sin embargo ¡qué diantre! la certeza de que el cliente es un gran criminal, me parece que debe *animarnos*.

— ¡Bah! Allá los jurados con su conciencia. Cuanto á ese Desjardies, es el que asesinó á Lamblin, un empleado de la audiencia. ¿No recuerda usted? Pues la cosa hizo ruido en su tiempo... ¡Lo que es que se ha hablado después de tantas otras!... Pero ¿no le

parece á usted, amigo Dionisio, que el mozo se olvida de nosotros?

— En ello pensaba precisamente, y en que de buena gana comería un poco de queso ¡Ah, aquí está!

Entraba en efecto el mozo con el queso y algunos platos. Mientras cargaba con la cacerola y levantaba los manteles, Próspero y Dionisio mirábanlo con curiosidad.

— ¡Es extraño! — dijo el primero cuando salió el mozo, — juraría que hace un momento tenía ese hombre una cara muy distinta.

— ¿Verdad? También á mí me ha parecido...

Hubo un instante de silencio.

— Dicen también — continuó Próspero — que ese Desjardies fué en su tiempo un hombre cuidadoso de su persona y amante del buen parecer. Más vale así, porque le aseguro á usted que hay cuellos tan sucios que da asco tocarlos cuando llega el momento de la toaleta. También me parece recordar que tenía una hija... una muchacha muy guapa que quiso declarar en la vista de la causa y no se lo permitieron. Después pretendió arrojarse á los pies del emperador y á duras penas pudo ver al conserje de las Tullerías. ¡Qué se yo! Se han dicho tantas cosas...

— ¿Pero qué es lo que quería esa chica? — preguntó Dionisio.

— Pues probar que su padre es inocente. Lo malo es que le pescaron en flagrante delito nada menos que el procurador imperial en persona, y Regine, jefe de gabinete en el ministerio de la guerra. Y sucedió...

Y sucedió entonces que la puerta de comunicación

entre el cuarto en que cenaban los dos caballeros y la sala grande de la taberna abrióse de pronto, y que con gran sorpresa de los señores Próspero y Dionisio entró por ella no el mozo del establecimiento, sino un obrero, un cavador, quien sin pronunciar una sola palabra fué á sentarse junto á la mesa ocupada por los dos amigos.

— Pues señor, — dijo en voz baja Próspero — la cosa me parece extraña. Porque el patrón me prometió que estaríamos solos.

La extrañeza de Próspero hubo de aumentar notablemente, porque momentos después la estancia estaba llena de cavadores. El último de los que entraron había cerrado tras sí la puerta, y tanto él como sus compañeros guardaban un silencio impresionante.

III

¿R. C ?

Dejamos al desconocido á quien Dixmer se dirigiera para ofrecerle respetuosamente su concurso, detrás de la puerta de cierta antigua casa de la calle de la Roqueta. Acababa apenas de pronunciar las mágicas letras R. C. cuando el resplandor de una linterna sorda, atravesando las tinieblas, alumbró un corredor estrechísimo y bajo de techo, de muros renegridos que terminaba en el primer peldaño de una escalera que era preciso bajar. Cuando el hombre vió que no tenía más remedio que meterse en aquel agujero, vaciló un momento y llevó la diestra á uno de sus bolsillos para cerciorarse sin duda de que en él se hallaba el revólver.

Notó el movimiento el hombre de la linterna y dijo con gran calma :

— Puede el señor estar tranquilo, que no corre aquí peligro alguno.

Dicho lo cual apresuróse á bajar delante, siguiéndole el otro por la escalera, que era corta pero muy pendiente. Poco después se hallaban en el suelo de una cava. El hombre de la linterna precediendo siempre á su visitante hizo atravesar á éste uno tras otro varios subterráneos cuyas puertas se cerraban automáticamente y en silencio tras de los dos hombres. Por fin, luego de haber subido como una treintena de escalones, abrióse aún una puerta y el visitante misterioso se encontró, cuando menos lo esperaba, en una sala iluminada con verdadera esplendidez. Su aparición en ella fué acogida con grandes risas y ruidosas aclamaciones.

— ¡ Vaya ! Ya está aquí el Procurador, decían unos. Y otros exclamaban :

— A él es á quien debemos sorpresa tan agradable.

Paseaba el recién llegado su mirada por el salón, deteniéndola asímismo en los semblantes risueños de las mujeres cubiertas de alhajas magníficas, y de los hombres vestidos de frac, amigos suyos casi todos; en la mesa, servida con irreprochable buen gusto, y en los muebles lujosos de puro estilo Pompadour. Y extrañado sin duda de encontrar tanto lujo allí donde creyó no encontraría otra cosa que un antro obscuro y mal oliente, hubo de exclamar con sinceridad :

— Crean ustedes, señores, que si hay aquí alguien sorprendido, ese alguien soy yo.

Dicho lo cual, y sin preocuparse poco ni mucho de los allí reunidos, precipitóse á una de las ventanas de la que levantó un visillo. Entonces pudo ver, abajo, la plaza de la Roqueta, lúgubremente alumbrada por la llama vacilante de algunos reverberos. Frente á la

puerta de la cárcel y en el centro de un doble círculo formado el primero por soldados de infantería y por los gendarmes á caballo el segundo, la guillotina elevaba amenazadora sus brazos sombríos. Tras un instante de muda contemplación, el Procurador dejó caer el visillo.

Un lacayo correctamente uniformado se apresuró á desembarazarle de su pelliza y del sombrero. Y mientras el alto magistrado se quitaba los guantes, sonrió con frialdad á las personas que se hallaban frente á él y dijo con cierto mal humor apenas disimulado:

— Debí presumirlo... Se trata de una broma... Por lo visto ustedes son de los que piensan que las bromas ó pesadas ó no darlas.

El hombre que hablaba de este modo podía contar unos cincuenta años de edad. Era alto y bien formado, musculoso sin duda, y evidentemente en la plenitud del vigor físico. Llamaba la atención su cabeza, de frente amplísima, verdadero almacén de energía y de voluntad que parecían prontas á manifestarse. Los cabellos grises, cortos y crespos, peinados hacia atrás subrayaban el aire de terquedad de aquella cabeza, demasiado grande aun para el gran cuerpo que la sostenía. Sus cejas, muy pobladas, terminaban en mechas grises en el nacimiento de la nariz que era larga, y algo ancha en su extremidad. Poblado bigote que conservara casi intacto su color natural castaño obscuro, y cuyas guías caídas disimulaban el pliegue inquietante de la comisura de los labios, ocultaba el superior, mientras que el inferior avanzaba, destacándose carnoso, y denunciando en su poseedor toda clase de formidables apetitos. La barbilla, afeitada,

hallábase en armonía con la frente y era como la continuación de una formidable mandíbula de fiera, capaz de destrozar en la misma medida que debía pensar la frente inmensa. Era en fin una testa que hubiera sin duda impuesto miedo, á no poseer los ojos azules más hermosos del mundo: ojos de niño, claros y grandes, que miraban siempre de frente, con infantil serenidad.

En el momento en que los encontramos, aquellos ojos parecían acusar á las personas presentes como autores de una broma siniestra, que no otra cosa era el deseo de hacer cenar al segundo magistrado del imperio en amable compañía y frente á frente del cadalso.

Componíase la compañía de tres hombres y de dos mujeres. Eran aquellos Don Filiberto Wat, banquero y diputado el más influyente sin duda del régimen, yerno del presidente del consejo y hombre de mucho mundo que había sabido hacerse una clientela formidable en el cuerpo legislativo y en los ministerios; Raúl Gosselin, pintor de retratos, artista á la moda, sencillo y simpático no obstante usar monóculo y trajearse con cierta afectación, y el director general de la Asistencia Pública, Don Eustaquio Grimm, hombre grueso, pacífico y mansejón, personaje considerable y árbitro indiscutido de todo lo que en Francia se refería á la caridad y á la piedad oficiales. Cuanto á las mujeres, una de ellas era alta y hermosa, de abundante y rubia cabellera, de mirada maliciosa, traviesa, y, ¡cosa rara! de aire y gesto trágicos, tal vez adquiridos en los escenarios en los que figuraba como la comedianta más aplaudida y mimada del

público; acababa de obtener un triunfo en la *Porte Saint-Martin*, representando *Los Mártires;* llamábase Marcela Féraud, y todo París la conocía como la amiga íntima del retratista Raúl Gosselin. Cuanto á la otra, era una mujer bastante extraña : habíase escapado de un harén de Túnez y se llamaba ó la llamaban *la Muna.*

Todos, ellos y ellas, protestaban contra lo dicho por el Procurador, Jacobo Sinnamari, asegurando que caso de tratarse de una broma ellos no eran autores de la misma, sino sus víctimas. Víctimas resignadas con gusto, pues la hospitalidad que tan misteriosamente se les ofrecía era, después de todo, verdaderamente regia.

— Lo que es yo, — dijo Raúl Gosselin encendiendo un cigarro en la llama de una bujía — desearía saber quién nos ha invitado, y en virtud de qué raro sortilegio estamos aquí reunidos.

La Muna, á quien ninguno de los presentes conocía, era bastante linda. Tenía grandes ojos negros, boca pequeña, cuello grueso, y matizada la tez por simpático color ambarino. Vestía con soltura y elegancia rica toaleta de tul negro guarnecida de perlas, lentejuelas y azabaches; adornábase con algunas discretas alhajas de valor, y parecía deleitarse fumando un cigarrillo oriental cuando el Procurador, que no la había visto nunca, detúvose ante ella.

— Tal vez la señora podría enterarnos...

— ¿De qué, caballero?

— Pues... de todo. No sabemos nada.

— En ese caso estamos iguales. Tampoco sé yo cosa alguna.

— Por lo menos podría usted decirnos, si es que en

ello no hay indiscreción, á quién tenemos el honor de hablar; porque ni mis amigos ni yo...

— Ah, eso sí; yo soy la Muna; — dijo con aire resuelto, como si sus palabras debieran poner en autos de su personalidad á todo el mundo.

— ¿Conque la Muna, eh?

Y todos los allí presentes se echaron á reir, mientras la interpelada los miraba con asombro.

Entonces, rápidamente, con volubilidad narró cómo y porqué se encontraba allí. Dijo que la noche antes, rodeada al salir de un restaurant por media docena de individuos de cara patibularia, fué por ellos conducida á viva fuerza hasta el faubourg Montmartre donde tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de un misterioso desconocido que con excelentes modales había rogado á sus agresores le permitiesen ofrecer el brazo à su víctima.

— Aquellos hombres — dijo — parecían sorprendidos. Pero la gran sorpresa fué la mía al ver que los bandidos se largaron enseguida dejándome sola con mi galante salvador.

— ¿Y se fueron así, sin protestar, sin amenazar, sin decir siquiera una palabra? — preguntó, incrédulo Gosselin.

— Ni una. El que habló fué mi defensor. Digo, si es que puede llamarse hablar á pronunciar una sola palabra, mejor dicho, el nombre de dos letras. R. C.

— ¡Ah! ¿Dijo R. C?

— Sí, señor; y eso bastó para que mis agresores desaparecieran como por encanto.

— No deja de ser curioso, muy curioso; — dijo la cómica. — ¿Y luego?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¿Qué, luego?...

— Quiero decir que enseguida daría usted las gracias á su salvador.

— ¡Vaya! Y el hombre me acompañó hasta la puerta de mi hotel, en la calle Taitbout. Allí se despidió de mí, preguntándome mi nombre y citándome aquí para esta noche. La verdad, no esperaba, al acudir á la cita, encontrarme con tan numerosa compañía. ¿A que no adivinan ustedes cómo se llama mi salvador? Yo no sé si se burló de mí... probablemente. Ello es que me dijo que su nombre era... *Misterio.*

Apenas pronunciara la Muna este nombre, todos los circunstantes prorrumpieron en la misma exclamación :

— ¡El rey Misterio! ¡El rey Misterio!

— ¡No te lo dije Raúl? — preguntó Marcela Feraud. — Es un personaje real, de carne y hueso. Nadie más que él puede tener tarjetas como esas.

— Tal vez; — dijo Gosselin. — ¿Pero por qué en vez de poner en ellas R. M. como parece que debería hacerlo, pone R. C.

Y al decir esto enseñaba el pintor una tarjeta en la que podía leerse dichas dos iniciales, debajo de las cuales veíase una calavera entre dos tibias.

— Si como se dice, habita ese hombre en las Catacumbas, — arguyó la actriz — la cosa resulta explicable. La R quiere decir rey, y la C catacumbas. El rey Misterio debe ser el rey de las Catacumbas.

Marcela aludía á un rumor, acreditado entre el vulgo, referente á la existencia de un ser misterioso, rumor que era combatido por las autoridades, que no habían logrado, no obstante sus esfuerzos en tal sentido, destruirlo por completo en la imaginación de las personas crédulas y sencillas.

— ¡Por fin, — siguió diciendo la actriz — vamos á conocerlo esta noche!

— ¡Mentira parece que des crédito á semejantes paparruchas! — gritó Gosselin, asegurando su monóculo con gesto nervioso.

— Es que no se trata de paparruchas; — afirmó Marcela.

— Puede; — le contestó el pintor. — Pero para que yo crea en la existencia del rey Misterio será preciso que haga su retrato.

Abrióse en aquel momento la puerta, y un lacayo anunció :

— ¡El señor notario del rey!... ¡El señor escribano del rey!